

CARLOS PÉREZ MUJICA
ANA CRISTINA BRACHO
YAJAIRA COROMOTO GONZÁLEZ
DILIA DELGADO DE MONROY

La *noche*
de los elefantes
y otras *crónicas*



I PREMIO NACIONAL DE LITERATURA HUMORÍSTICA AGUILES NAZOA - 2020



La noche de los *elefantes* y otras *crónicas*

CARLOS PÉREZ MUJICA
ANA CRISTINA BRACHO
YAJAIRA COROMOTO GONZÁLEZ
DILIA DELGADO DE MONROY



Alcaldía
de Caracas

La noche de los elefantes

© Carlos Pérez Mujica, 2020

El fin del mundo no es para tanto

© Ana Cristina Bracho, 2020

La bicicleta roja

© Yajaira Coromoto González, 2020

El baño de Campeón

© Dilia Delgado de Monroy, 2020

© FUNDACIÓN PARA LA CULTURA Y LAS ARTES, 2020

EDICIÓN AL CUIDADO DE: J.R.C. Y MARES

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: J.R.C.

ISBN: 978-980-253-772-3

Caracas, República Bolivariana de Venezuela



VEREDICTO
I PREMIO NACIONAL DE LITERATURA HUMORÍSTICA
AQUILES NAZOA 2020 – MENCIÓN CRÓNICA
ALCALDÍA DE CARACAS. FUNDARTE

Este veredicto para I Premio Nacional de Literatura Humorística “Aquiles Nazoa”, mención Crónica, señala nuestra responsabilidad al otorgar un reconocimiento que lleva el nombre de un escritor cuya obra es considerada un patrimonio nacional de gran estima para los venezolanos, dado que logró establecer vasos comunicantes con grandes sectores de la población, poniendo de manifiesto la acogida preferencial de la Venezuela lectora, que vio en sus palabras un reflejo de profunda identificación con el sentir colectivo del país.

Aquiles Nazoa escribió una obra de cuantiosas dimensiones, en la que reveló su conocimiento de muy diversos géneros, manifestando un manejo certero del lenguaje y la comunicación emotiva, reflejando su profunda empatía con el pueblo y el país. Fue un investigador nato, por ello su obra como cronista abarca muy diversos temas, y escribió esa hermosa y profunda gran crónica que es *Caracas física y espiritual*, dedicada a su ciudad natal.

El jurado, conformado por Laura Antillano, Mercedes Chacín y Nelson Enrique Chávez, habiendo revisado las 40 crónicas postuladas, y en atención a las Bases de la convocatoria, concluye con las siguientes decisiones:

1.- Otorgamos el premio a la crónica titulada “La noche de los elefantes”, presentada bajo el seudónimo Covid Corona; por el ejercicio de un lenguaje poético descriptivo que señala la existencia de un territorio, donde la naturaleza y la presencia humana van aprendiendo conjuntamente a establecer lazos filiales, en la construcción de la historia de una ciudad, una comunidad, en sus modos de fundirse en tiempo y espacio, proporcionando al lector una imagen grata, constructiva, en el progreso de ese acercamiento en tiempo y espacio, que nos conduce a la observación comprensiva de las transformaciones del ser humano, en la cuna de un contexto natural y social que va definiendo sus leyes; en este caso San Felipe en el estado Yaracuy; con un final en el texto que señala la mágica continuidad de próximas demandas desde lo humano al entorno variable.

Abierta la plica constatamos que su autor es Carlos Pérez Mujica, médico cirujano y anatomista de 60 años de edad, oriundo de San Felipe, estado Yaracuy.

2.- Concedemos mención Publicación, en segundo término, a la crónica titulada: “El fin del mundo no es para tanto”, firmada con el seudónimo Sara Lucía; por la construcción de un texto definidor de un colectivo de voces, cuyo sentir se sitúa en la circunstancia de la pandemia en tiempo presente, expresando diversas reacciones que rememoran el pasado de la ciudad, reiterando tragedias colectivas de otras épocas en el detallado retrato humano de la ciudad de Maracaibo, en el estado Zulia.

Abierta la plica constatamos que su autora es Ana Cristina Bracho, escritora y abogada de 34 años de edad, oriunda de Maracaibo, estado Zulia.

3.- Hacemos igualmente reconocimiento en Publicación a la crónica titulada “La bicicleta roja”, firmado con el seudónimo Amanda Rocamadur; donde desde una voz femenina se hace un recuento histórico del sector de Chacao en la Gran Caracas, con un relato de diversos ingredientes emotivos que conducen al lector a reconocer la historia de la zona en sus componentes sociales y sentimentales, con un conjunto de personajes donde los niños en crecimiento ejercen la voz cantante, acompañados del protagonismo de una bicicleta, donde aflora, entre otros, el tema del racismo y la solidaridad entre los niños contra el concepto discriminatorio manejado por los adultos y el proceso de acercamiento de la narradora protagonista, en un contexto geográfico entre la plaza Bolívar del centro de Caracas y la plaza Bolívar de Chacao.

Abierta la plica constatamos que su autora es Yajaira Coromoto González, escritora de 64 años oriunda de Caracas, Distrito Capital.

4.- Incluimos en el conjunto de menciones a la crónica titulada “El baño de Campeón”, firmada con el seudónimo Pompeya; por expresar un mosaico de frescura humorística, teniendo por protagonista a un perro travieso y a las penurias vividas por su amo, en un paisaje de apremios posibles, para solaz divertimento de los lectores de cualquier edad.

Abierta la plica constatamos que su autora es Dilia Delgado de Monroy, escritora y pintora de 62 años de edad, oriunda de Chacao, estado Miranda.

Laura Antillano Mercedes Chacín Nelson Enrique Chávez

En Caracas, al 12 de mayo de 2020

CARLOS PÉREZ MUJICA, San Felipe (1960)

Médico Cirujano. Anatomista. Especialista en Imagenología y Diagnóstico por imágenes. Profesor de Anatomía Humana Normal de la Universidad de Los Andes. Ha colaborado como articulista en varios diarios regionales y actualmente publica sus artículos en páginas de opinión electrónicas escribiendo la columna *La cola del escorpión*. Como narrador recibió mención de Honor en el Concurso de Cuento, Ensayo y Poesía DAES-ULA, por *Tetralogía de la desesperanza* (1991). Produjo y condujo el programa radial *Collage*, dedicado a la difusión cultural (1994-1997) y actualmente en proyecto y preproducción *Versonautas*, también destinado a la divulgación de la actividad cultural. Ganador del Primer Premio del Concurso Literario Apula, mención Poesía, por Haiku tropical (2004). Ganador del Primer Premio del XII Concurso Anual de Cuento Breve y Poesía de La librería mediática, mención Poesía (2015). Ha publicado *Haiku tropical* (2004), *Asabi*, *El Alba* (2008), *Haizoo* (2011), *Palomares* (2014); junto a Carlos César Rodríguez y Eleazar Ontiveros Paolini el libro colectivo *Cuaderno del Japón #3: Haiku desde los Andes venezolanos* (2015) y *Un nuevo día...* (2017). En formato digital ha publicado *Tsukimi* (2016), *Un nuevo día...* (2017), *Haizoo* (2018) y *Cuaderno del Japón #7, El haiku en Venezuela. Una singular historia de brevedad y encanto* (2019). Moderador de los blogs *Haizoo*, dedicado a la divulgación del haiku; *Versonautas*, consagrado a la difusión cultural y *La cola del escorpión*, destinado a temas políticos. Ha participado en diversas ediciones del Festival Mundial de Poesía desde 2006. Conferencista dedicado al estudio y la difusión de la poesía japonesa, especialmente del haiku.

Twitter: [@perezmunica](#) - [@versionautas](#)

Instagram: [#perezmunica](#)

Facebook: [Carlos Pérez Mujica](#)

“La boca 'el churro” era un sector en la periferia de San Felipe atravesado por una angosta carretera que unía el centro de la eternamente incipiente ciudad con sus “suburbios”. La estrecha franja de asfalto umbrío estaba bordeada por un espeso bosque de matojos y de árboles que, en su alto dosel, tejían una apretada techumbre.

Además del agreste pajonal, centenarios cedros, impresionantes samanes, frondosos apamates, rutilantes araguaneyes, inmensos jobos y majestuosas matas de mango se turnaban a lo largo de la ruta para, según la estación, perfumar con sus acres aromas, adornar con sus deslumbrantes ramilletes nazarinos o amarillos, de acuerdo con la época de floración, o para atraer a innumerables especies de animales en su período de cosecha. Insectos, aves, reptiles, mamíferos y zagaletos se veían tentados por los racimos de apetitosas frutas que colgaban en sus ramas, con las que se alimentaban bien en sus copas o abajo en el piso sin mayor esfuerzo que el de alcanzarlas.

Turpiales, gonzalitos, azulejos, paraulatas, periquitos y loros, revoloteaban por entre la tupida enramada haciendo un jolgorio mientras se hartaban. Entre estos comensales estacionales aparecían al ocaso del día los “rabipelaos”, marsupiales de hábitos nocturnos que los yaracuyanos llamamos también “churros”, que para unos vecinos venidos de los andes eran “faros”, “chuchas” para un compañerito de juegos colombiano y para los más exóticos, leídos y ñoños de la pandilla eran zarigüeyas.

Aunque carnívoros, cazadores de toda clase de insectos, lagartijos, pajaritos y otras tantas sabandijas, aparentemente fueron estas alimañas crepusculares —los churros— las que

dieron su nombre a ese sitio oscuro a pleno día, lúgubre, tenebroso y amenazante en las noches, lo mismo que las fauces abarrotadas de filosos dientes e inundadas de infectos espumarajos que el animalejo nocturno de cola pelona y prensil mostraba amenazante cuando se le sorprendía en sus andanzas.

Los nuevos urbanismos contruidos en la ciudad crecían hacia las avenidas La Paz y Las Fuentes recostados al trayecto sinuoso y cristalino del río Yurubí que para ese tiempo aún no se había secado. En la otra costa del pedregoso cauce quedaba “El jobito” y allí se desparramaban a la buena de dios parcelas sembradas de maíz o de yuca, conucos y vegas cubiertas de plataneros y batatales, granjas con sus plantaciones de frutales —chirimoyos, nísperos, guamos, guanábanos, aguacates, mandarinos, limoneros o naranjos que hacían del paseo un mercado—, y enormes haciendas cacaoteras que sombreaban sus plantíos con magníficos laureles, acacias y flamboyanes.

Mi familia y yo recién nos habíamos mudado a una de las flamantes urbanizaciones que emergían en los antiguos potreros de lo que antes fuera la hacienda “Los guayabales”. Obviamente de estas últimas plantas también se encontraban dispersos por el terreno numerosos ejemplares.

Eran tiempos más tranquilos, las casas de mis abuelos, primos, vecinos y amigos del colegio habían quedado en el pueblo y a mis padres realmente no les preocupaba que casi a diario tomara mi bicicleta después de salir de clases para ir de visita al centro, teniendo que pasar necesariamente por “La boca 'el churro”. A veces daba tristeza ver la carretera alfombrada de jobos maduros o de mangos despaturrados por la caída y

por las ruedas de los carros. En ese tiempo tenía una flamante Benotto vino tinto rin 16, que soportaba estoica y sin tantos problemas el trato desconsiderado que le propinaba.

Muchas de las nuevas casas del urbanismo a donde nos cambiamos permanecían desocupadas. La gente no se acostumbraba a la distancia y consideraban muy lejano ese lugar como para mudarse. Eso hizo que los pocos chiquillos del conjunto habitacional rápidamente nos agrupáramos. Formamos una especie de pandilla y juntos en bicicleta recorriamos las calles aventurándonos a donde “nadie antes había llegado”.

Éramos “muy malos”, a menudo nos fugábamos del colegio y en bandada cruzábamos el río para ir a recolectar frutos con los que luego de bañarnos en algún pozo del cantarino raudal merendábamos, mientras —para evitar reprimendas—, secábamos al sol nuestros cuerpos y los interiores. Los mangos eran unas de nuestras frutas predilectas y de ellas, según los gustos de cada quien o del mes del año, podíamos saborear diversas variedades. Mangos los había de jardín, de hilacha, mango-jobo, mango-piña, mango-rosa, mango-paleta, pico 'e loro, mamey, de bocado, de leche, injertos y quién sabe cuántos más.

Entre todos estos mis favoritos eran los de jardín, eso sí, cogidos directamente de la mata con mis propias manos para que no se golpearan al caer y no tuvieran ningún tipo de magulladura que alterara su apariencia o su textura. Ese gusto particular por la fruta perfecta me convertía en un individuo muy osado, desafiante de alturas y peligros, que chuqueaba con relativa facilidad hasta las ramas más altas y delgadas en búsqueda del anhelado bocado.

Los chicos fuimos creciendo y junto con nosotros la ciudad fue cambiando. La estrecha carretera de “La boca ‘el churro” dio paso a una avenida de cuatro canales con isla central ¡tal como exigía “el progreso”, que en definitiva es el que manda! Los jobos desaparecieron, los cedros y los samanes fueron aserrados, pero los mangos —casi todos—, permanecieron incólumes. Surgió entonces la flamante avenida Carabobo y al inicio de esta vía el liceo Rómulo Gallegos; justo frente a él, en un pequeño tajo de terreno baldío, hicieron el parque de bolsillo “Alicia Pietri de Caldera”, en donde vi, lo juro, a los primeros mariguaneros de los que se haya tenido noticias en el poblado.

Los intereses y el radio de acción de nuestras correrías infantiles también se fueron agrandando. Las bicis nos otorgaban cierta autonomía que nos permitía no sólo visitar a las muchachas —que ya estrenaban su preciosa adolescencia—, sino que enrumbábamos los pedales hacia campos lejanos. Marín, Albarico, Crucito, El Cube, El Peñón, La Marroquina, Durute, Cañaveral, Guama, San Pablo, Sebastopol (¡sí, créanlo que es cierto, existe un pueblito llamado Sebastopol, extraviado en la profundidad del Valle de las Damas!) o Boraure, fueron los destinos de excitantes excursiones que tornaron cada vez más grande nuestra gallardía y determinación e hicieron más fuerte la musculatura de nuestros miembros inferiores de tanto pedalear.

En las afueras de Boraure se encontraba la hacienda “Multifruta”, de donde salía la materia prima para una marca de mermeladas y de frutas enlatadas llamada Nina’s. Nuestra cultura manguífera se incrementó cuantiosamente con estos viajes y nuestros paladares degustaron las deliciosas variedades

de mango que con intenciones industriales allí se sembraron. Estos no tenían nombres corrientes, sus denominaciones de sonoridades anglosajonas más bien resultaban exóticas al leerlas en los pequeños letreros que encabezaban las largas hileras de plantas que se prolongaban desde el valle hacia las faldas azules y brumosas de las remotas montañas. Sencillas letras negras sobre unas tablitas pintadas de blanco clavadas a unas estacas anunciaban: MANGOS KENT, estos eran los que más me gustaban, redondos, de piel verde-amarilla y rojiza como la bandera de Jamaica, tenían una pulpa duce y aterciopelada, sabían a melocotón; MANGOS KEITT, de piel verde y rosada, más bien ácidos; MANGOS OSTEEN, rojos-naranja y amarillos, de semilla pequeña y sabor entre dulce y ácido, ¡pura pulpa!; MANGOS ATKINS, FRANCIS, IRWIN, RED HADEN y otras tantas; los carteles no engañaban, cada cual era distinto a los demás.

Llegábamos entonces hasta el aeropuerto “Las Flores”, pues para ese momento San Felipe tenía hasta servicio de transporte aéreo. Luego subíamos de regreso cansados pero felices, algunas veces sin pedalear apenas, colgados de las cadenas con las que lentos camiones cañeros aseguraban su pesada carga.

Sin querer supe por mi abuela de las propiedades medicinales inherentes a las matas de mango, pero aún ni sospechaba que mi destino sería dedicarme a recuperar la salud de las personas que enfermaran. Sus hojas en cataplasma sirven para disminuir la inflamación y el dolor de las paperas, yo mismo anduve algunos días con una especie de pañoleta invertida cuyo nudo quedaba hacia mi coronilla y que contenía una cataplasma

verde-oscuro hecha con las hojas de mango prensadas. En una urgencia gastrointestinal aprendí que no había diarrea, por más fuerte que ésta fuera, que se resistiera a los cogollos de hojas rojizas, tiernas y brillantes del mango, licuados junto a los brotes lozanos de la guayaba en un poquito de agua; eso realmente es como colocarle un punto de soldadura a cualquier trasero “insurrecto”, el brebaje astringente para en seco cualquier “florencia de vientre”, como escuchaba decirle a la diarrea en esa ya lejana infancia.

Originaria al parecer de las laderas del Himalaya, bien sea que haya llegado a Brasil surcando el océano Atlántico entre la tripulación de las carabelas portuguesas que ya lo cultivaban en sus colonias africanas, o que lo hayan trasplantado los españoles hasta México atravesando el océano Pacífico desde las costas filipinas en las naos de su majestad, la mangifera indica al parecer llegó a Venezuela en el siglo XVII procedente de las Antillas, según referencia que efectuó en 1841 el geógrafo Agustín Codazzi.

¿Qué iba a pensar esta planta viajera que terminaría su odisea siendo usada por mis tías para exfoliarse la cara? Pero lo cierto del caso es que de cuando en cuando aparecían en la casa de los abuelos unos monstruos de rostros verdosos que eran esas señoritas con la faz embadurnada con las hojas machacadas de una mata de mango. Pero además, con sus frutos verdosos mi abuela preparaba una exquisita jalea que, con galletas de soda, pasaba trabajo esas lenguas tardes lluviosas mientras mirábamos las “comiquitas” pues no podíamos salir de casa.

Nerio “El gallero” —un viejito simpático que cuidaba las cuerdas de gallos de pelea de los tíos “Chicho” y “Papito”—,

entre muchos otros consejos, me enseñó a usar la savia cristalizada de las matas de mango; una resina ambarina, pegajosa y olorosa a trementina que emanaba de las rajaduras del tronco o de los tocones de las ramas descuajadas y que una vez pulverizada le servía como antibiótico y cicatrizante para curar las heridas de los animales después de sus sangrientos combates. Luego de una aparatosa caída extrapolé esta lección a mis rodillas raspadas y en verdad que las abrasiones sanguinolentas mejoraron rápidamente creando una robusta costra y sin infectarse.

De los andurriales aledaños a la avenida se fueron apoderando algunas edificaciones de unos pocos pisos que fueron domesticando el paisaje. La isla central de la avenida y las áreas verdes de las aceras se poblaron exclusivamente de apamates y los otros numerosos mangos quedaron reducidos a unas cuantas parcelas aisladas. Mis amigos y yo pasábamos las tardes de los meses de carga subidos a estos sobrevivientes, tomando sus frutos verdes para comerlos con sal, o maduros para deleitarnos con su dulzura, sin preocuparnos por nada, riéndonos de cualquier chiste, planificando maldades o contándonos reiteradas veces las bromas que ya le habíamos echado a unos cuantos incautos.

Sin embargo, había baldíos tan amplios que por años sirvieron para instalar carruseles, casetas feriales, carpas de circo, bazares y hasta plazas de toro portátiles durante las celebraciones de las renombradas Ferias de Mayo que se efectuaban a principios de ese mes en honor al patrono de la ciudad.

Ya adolescente y violando unas cuantas reglas por las que se regía mi hogar, regresaba yo una madrugada trasnochado, cansado y un poco pasado de tragos, sobre mi “cabalgadura de acero” —ahora era el feliz propietario de una Grand Master

azul y plateado, rin 26 cuadro alto, de semicarrera; 12 cambios marca Shimano para más señas—, zigzagueando de un canal a otro de la avenida Caracas.

Era una subida un tanto pronunciada por la calle desierta, que terminaba al cruzar a la derecha hacia la avenida Carabobo enfilando hacia “La boca 'el churro” rumbo a mi casa. A mitad de camino me sorprendió una visión que jamás pensé observar. Tres elefantes orondos pasaron frente a mí por la avenida, dos paquidermos adultos y una cría juguetona que mis incrédulos ojos no terminaban de aceptar. No, no estaba borracho, tampoco soñando. El corazón se me iba a salir por la boca pero sin perder la compostura arrimé la bicicleta a la acera y me apeé buscando resguardo.

Agachado junto a una pared seguí con la vista a las tres moles que parsimoniosas avanzaban. Deduje por sus orejas que eran elefantes asiáticos y aunque el amanecer aun no llegaba, las luces de la avenida me permitieron precisar algunos detalles. Las arrugas de su piel, la pigmentación blanco rosácea de sus trompas, la ausencia de colmillos que indicaba el sexo de las damas, esa especie de lanugo que la cría lucía como una incipiente barba, los ojillos diminutos para el tamaño de sus caras, su trompa bamboleante.

Mientras ellos marchaban alejándose de mí, yo agarraba confianza. Se dirigieron hacia un lote en donde los árboles inmensos hacían una negra mancha. La noche y las tinieblas jugaban una mala pasada.

¡Ya sabía qué buscaban! Una ráfaga de viento suave y cálido trajo a mi nariz un aroma conocido, el perfume de los mangos que se rompen cuando enfilan suicidas desde las ramas más altas.

Mis ojos ya acostumbrados a la penumbra miraban cómo los magníficos animales se deleitaban tanteando y cogiendo con sus trompas los frutos dispersos por la hojarasca. De repente una de las elefantas resopló con su trompa al momento en que caía estrepitoso un mango.

Con el estruendo del fruto y la estridente barritada del animal pegué la carrera retrocediendo. Busqué mi bicicleta y a toda velocidad tomé un atajo que conocía para llegar a mi casa.

Pedaleaba como loco y las sombras de la noche me jugaron otra mala pasada. Ya no tenía ni una gota de alcohol en el cuerpo, ya lo había sudado. Entonces no era una alucinación lo que había visto y no era una fantasía lo que estaba mirando. Una serie de carromatos custodiaban una carpa. ¿De dónde salieron estos gitanos, de dónde vinieron los elefantes?

Ya clareaba el amanecer a lo lejos. Volví a estrujar mis ojos con el dorso de las manos. No sé si por el cansancio o por el susto, pero sentí que mi cuerpo se desmayaba. Rodé junto a la bicicleta y volví en mí cuando con suavidad una niña con un tutú vaporoso palmeaba mi brazo.

Me apoyé sobre las rodillas y mis manos para darme una base amplia. Sacudí mi cabeza mientras la levantaba. ¿En qué parte del sueño estaba? Me ardían la palma de la mano derecha, ambos codos y la cara. El pómulo derecho me dolía y lo sentía hinchado.

No entendía absolutamente nada, escuchaba sonidos, ruidos lejanos, aún estaba un poco mareado. Volví a sacudir la cabeza, miré alrededor el terreno ya mejor iluminado por los primeros rayos del alba. Era un circo que había llegado. La feria, mayo y mi vida apenas comenzaban.

ANA CRISTINA BRACHO VALLARINO, Maracaibo (1986)

Escritora y abogada. Columnista en diarios de circulación nacional. Formó parte del Círculo de Jóvenes Escritores del estado Zulia en 2002. En 2013 presentó su primer poemario titulado *Versos incómodos*. En 2009 fue ganadora en la mención Poesía del Concurso Antología del Libro Radial de La librería mediática en el contexto del Sexto Concurso Anual de La Librería Mediática, Radio Nacional de Venezuela. En 2017 fue seleccionada para ser parte de una antología latinoamericana de poesía denominada *Entrepueblos, poesía de Nuestra América*, editada por la Editorial de la Universidad de La Plata en marzo de 2018. Ese mismo año obtuvo un accésit en el IV Certamen Sierra de Francia de Relato, Poesía y Fotografía, por la selección “Despedida”. Seleccionada para participar en la edición especial de la *Revista Heraldos Negros* de Ciudad de México, por los cincuenta años del 68. En 2019 obtuvo el Premio Opinión en Medios Digitales del Premio “Aníbal Nazoa”. En 2020 publicó *La oscuridad*, su primer texto de narrativa (Editorial Urgente).

1. Pekín está más cerca que echar gasolina

El fin del mundo llegó en marzo. Bueno, para nosotros en este pedazo del mundo donde amanece tantas horas después que se ha hecho de día en China. Llegó como pasan las vainas aquí, después que pasamos dos o tres semanas echando broma. Primero echándole la culpa a algún mercado de la China donde un pana no lavó bien el murciélago que le echó a la sopa. Después, poniéndonos conspiranóicos y analizando desde la perspectiva de la geopolítica. Cuando yo lo dije, con mi mejor pose de profesora ilustre, salió Ramón y me dijo: “Vos sí que sois buena hablando paja”, y me eché a reír, como Dios manda.

Aunque lo bueno fue que, antes de que yo preparara mi defensa, vino Manuel y se puso histórico. Sacó la cuenta que hace cien años hubo una gripe fea, fea, que como ésta venía de lejos; aquélla de España y ésta de China. Es normal, antes España quedaba más lejos de lo que ahora queda China, porque vos sabéis que la hija de Manuela, ésa, la que estudiaba mucho, se fue a hacer robótica en Pekín y llegó en dos días; es decir, en lo que yo me echo en la cola de gasolina.

Estos panas vivieron el fin del mundo en la intimidad de una casa maracucha. Una donde la sala queda en el frente; es decir, afuera. Una donde el calor adentro alcanza una sensación térmica que si el primer astronauta que visitara el sol fuera maracucho, regresaría afirmando que le pareció que allá arriba hace fresco.

Por eso, la primera escena transcurre con unos carajos que una tarde se encuentran ante una situación en la que nunca nadie ha estado. Ni siquiera “El Plomo”, del que me habló mi abuelo como el más legendario hablador de pendejeras que había vivido en Bella Vista.

Ahora la vaina es bien distinta porque para sobrevivir esta vez se requiere un arte poco explorado en esta ciudad, el de tener paciencia y quedarse quieto. Aunque para ser serios, últimamente han ocurrido tantas cosas en ese espacio que a ninguno de nuestros personajes le sorprendió la noticia.

De bolas, después de tantos estallidos de subestaciones, tantos apagones generales, tantas horas sin agua, tantas colas de gasolina, ¿qué más iba a pasar?

¡Tenía que llegar el fin del mundo; éste, el de verdad, verdad!

Así pensó Ramona cuando veía la alocución al tiempo que le empezaba a doler la cabeza, la garganta y el corazón. Claro, todos los que estaban viendo el televisor, oyendo la radio o mirándola por internet en Maracaibo se enfrentaban a este capítulo con la piel más curtida que aquellos a los que les agarró tomando un *apéro* frente al Mediterráneo.

Era allí, en el frente de una casa, en la reunión de la tarde, con la sombra de una mata de mango y mientras llegaba la luz, que estaba yo discutiendo con los muchachos cómo íbamos a enfrentar esta vaina. Primero, el problema que nos dejó Arquímedes, el hijo de Pancho, el que es médico y lleva el nombre de su abuelo, diciéndonos que debíamos meter en cuarentena a todos los viejos.

“A Manuelita no la mete en casa nadie. Ésa nació en la calle y ésa es la madre mía”. Ése fue mi primer pensamiento ante la seriedad de Arquímedes que decía también que iban a mandar a todo el mundo a encerrarse en la casa.

—Verga mi'jo, vos queréis que yo mire pa'l techo todo el día. Yo me vuelvo loca sólo de pensarlo —así le contestó Mari-sela, que veía toda aquella vaina con mucho desgano.

—Mirá', vos sabéis que yo me baño con las bendiciones de la Chinita, a mí esa vaina no me toca. Yo hablé con Dios y a mí me queda bastante rato —insistió Marisela sin disimular que ya estaba nerviosa; se le notaba porque iba de la seriedad a la joda mientras se movía sin poder controlarlo—, vos sabéis que Arquímedes, desde que el papá le puso ese nombre se la tira de importante, y después de que se graduó de matasanos, ay no, no hay quien pueda con él.

Arquímedes no disimulaba su molestia y antes de retirarse lo dijo categóricamente:

—Sigán con la guachafita y a mí no me estén llamando, que allá en el Hospital Central no hay nada pa' nadie, menos pa'l que se enferme por no andarse cuidando.

Se montó en el carro, tiró la puerta y arrancó el motor. Los demás se quedaron sentados, callados, hasta que habló Benjamín que era el único que siempre le creía a Arquímedes. Sin mucho protocolo vino y dijo:

—Verga, vos te imagináis que esta verga sea cierta. Yo me voy a casa a encerrar a la vieja.

2. Cual pájaros buchones

Sólo fueron necesarias un par de horas para que Arquímedes tuviera razón. El fin del mundo había llegado y se había instalado en esta ciudad. Las calles estaban aún más solas y las viejas leyendas, esos sitios que parece que no cierran nunca, estaban completamente cerrados.

Ramona miraba por la ventana y a pesar de que sabía que ya era la hora del “sálvese quien pueda”, le parecía que nada había

cambiado, que todo era igual, que la luz se iba a ir cuando quisiera, que el agua no iba a llegar; pero ahora ella se veía lacerada, abatida, desprovista de la posibilidad de salir.

Ramona era una de esas viejas que vive con el cuerpo bajo una bata y la mente en la nostalgia. Recordaba aquellos años cuando se enamoró en secreto de un vecino y quiso fugarse. Esperaría a las 10 de la noche en la esquina del liceo “Baralt”, allí llegaría el hombre con su mejor pinta para raptarla. Un rapto de amor, una vaina como *Romeo y Julieta* pero sin suicidios.

¡Qué molleja de angustia! Hay que ver que las cosas antes eran muy jodidas. Ramona decidió mal y se fue poniendo vieja. Se fue quedando para cuidar una mata de cayena que tenía en el frente. La mente es un sitio lleno de veredas y de esquinas raras —pensó—, el mundo cambia en un abrir y cerrar de ojos. Ayer le parecía que el fin del mundo era que Benjamín había preñado a una muchacha y hoy ni se acordaba de eso.

Benjamín, mirando por la ventana, moría de pánico. Primero porque él le creía a Arquímedes. Segundo por la barriga de Alcira, ese hecho que no estaba previsto, que había subido en colores a todo el barrio y que lo había sumido a él en una angustia terrible. Tercero porque su madre ya se había enterado.

Esa vieja estaba histérica, paranoica, aterrada y arrecha del otro lado de la puerta, y además en cuarentena. Es decir, era todo lo que un maracucho aprende a temer, porque hay que ver que ninguno desarrolla una fobia más grande que la que produce ver a una mujer arrecha, y dígame ésta, ésta no era cualquiera.

Rosaura era una mujer particular y perfumada. Era una asidua de la misa del Perpetuo Socorro y de comer tequeños

los domingos. Era una experta dando consejos de crianza, aunque Benjamín siempre ha sido su dolor de cabeza; el indomable, el incorregible, el coñito 'e madre.

Rosaura se ahogaba esa tarde y no sabía si la opresión era por el calor, porque tenía fibrosis —como decían en la tele— o por la vaina que le echó Benjamín: “Preña'o, sin graduar, sin casar y pobre; no joda, la lotería completa”.

Es curioso cómo la gente habla sola cuando se prende un problema como éste. Benjamín había entendido que entre la pandemia y su gracia, mejor guardaba veinte metros de distancia de Rosaura.

Cuando Benjamín era pequeño amaba los animales, Rosaura con frecuencia lo llevaba al lago. De todos los seres vivos ninguno generaba más alegría en Benja, como le decían, que ver un pájaro buchón pasear por el agua. Aquel animal, de pico largo y patas como manos, le resultaba el rey de aquella fauna.

Hacía mucho desde que a Benjamín se le olvidaron los pájaros, los caimanes y las toninas. Se había vuelto un chamo más de esos que vienen y van, de esos que ríen con tristeza y que se echan la vida como un juego. Hasta hoy, comienzo de la muerte y de la vida, explosión de tristeza y alegría, tiempos de pelícanos y soledad.

3. Más triste que la tragedia del “Ana Cecilia”

Manuel, como todos regresó a casa pero siguió divagando entre tragedias. Lo bueno de las tragedias —pensó— es que siempre sobrevive alguien y si le toca a uno quedará más curtido, más

sabio y con mejores cuentos que contar. Para él, una tragedia era la tristeza intensa y colectiva. Así como la que se le instaló en la mirada a su madre el 20 de marzo de 1970 cuando a Caldera le dio por tumbarle la casa.

Por aquellos meses, cuando él apenas tenía seis años, la ciudad andaba vestida de tragedia. Todo empezó un domingo, cuando pasó por los cielos el vuelo 742 que intentando llegar a Miami se cayó en La Trinidad, dejando la ciudad en llamas, los pasajeros y la tripulación muertas y obligando a que sacaran el aeropuerto de Grano de Oro. Lo recordó porque también creía en eso de que una tragedia sigue a otra, que a esas bichas no les gusta andar solas sino presentarse acompañadas.

Al llegar a la casa, la luz de la cocina estaba encendida y se veía desde afuera. La mesa estaba sucia y llena de trastos apilados que demostraban que Juana se paró tarde y corrió al trabajo. Juana llegó alterada y antes de tiempo, con las manos llenas de bolsas. Se había enterado que el fin del mundo estaba cerca y se vino a resguardar.

—Viste la vaina, ahora sí que nos jodimos —dijo apenas abrió la puerta.

—¡No seas boba que nadie está jodido! ¿Vos sabéis cuántas veces se ha acabado el mundo?

—Como ésta ninguna, no veis que dijeron que nos vamos a morir.

—Todos nos vamos a morir.

—¡Coño! pero que nos vamos a morir de esto, todos juntos, ahora mismo, en una bolsa plástica, sin velorio, sin amigos.

—Como en un naufragio, como cada vez que se muere una gente y a uno le toca vivirlo. ¿Vos no te acordáis que tu abuela

cada vez que pasaba una cosa horrible se acordaba del naufragio del “Ana Cecilia”? Esa vaina pa' ellos fue el fin del mundo. Cien personas muertas, ahogadas, en un ratito. Muertas porque en 1931 a Maracaibo no le paraba bolas la gente de Caracas, nos tenían sometí'os y aquí en Maracaibo la gente no seguía las normas.

—Pues como ahora.

—Entonces ya ves, es lo mismo.

4. Más aburrida que un juego de ajedrez por radio

Marisela cerró la casa cuando todos se fueron. Entró a la cocina, se sentó en la silla azul y miró la estufa, el piso sin terminar, la remodelación que salió mal y se imaginó cómo sería lo que vendría. En especial, se puso a pensar en el tiempo, ¿cuánto podía el mundo tardar en acabarse?

Marisela creía en la Chinita, en san Miguel Arcángel, en la Rosa Mística, en José Gregorio Hernández y secretamente le parecía que el papa, para ser tan viejo y tan papa era un tipo guapo. Mataba el tiempo recibiendo visita. Ella vivía de vender polos y refrescos, de pasar el dato de en qué casa había gasolina. Sentía que en ese momento le tocaba escoger si moriría de angustia, de inanición o de aburrimiento. Mientras lo pensaba aquella casa se veía enorme, sucia, sin sentido.

Abrió la puerta de la bodega y vio que no tenía nada que sirviera de mascarilla. Pensó que era mejor porque esa vaina le parecía ridícula. Luego miró la calle que estaba totalmente vacía. Así que Marisela pasó un buen rato caminando los espacios de su casa.

Llegó al cuarto, sobre la cama había un Sagrado Corazón de Jesús, en el que reposaba un rosario y que tenía en las esquinas las estampitas de su vieja. En el closet todavía había cosas de su madre que nunca había querido tocar. La ropa de salir y los vestidos de domingo, las pequeñas cajas donde guardaba los aretes y las esclavas. Un sobre amarillo y sobre ellos el certificado de defunción. Puesto sobre las cosas parecía decir verdades: con esta hoja todo lo demás se acaba.

Pero si de pronto el fin del mundo llegaba y nos moríamos todos o casi todos, verga, quién iba a sacar el certificado de defunción. Así, en blanco y negro, ¿si nos morimos todos, quién se encarga?, ¿quién nos llora? ¡Vergación de susto! Yo como que dejo de pensar tantas vainas, se dijo.

Sintió que el pánico empezaba a morderle desde adentro. Y pensar que todo aquello lo pensaba porque en la televisión le habían dicho que le iba a dar gripe. Gripe, ésa, la enfermedad de siempre pero distinta, porque es tan mortal que la iba a matar a ella o a dejarla viva entre los muertos, y ella ya no sabía qué le asustaba más. Poco a poco se fue calmando y con los labios cerrados se dijo: “El que cree en mí vivirá aunque muera y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás”.

5. La única medicina es la compasión

Arquímedes, como su nombre lo decía, era el más ilustre. Era un carajo que leía tanto que nadie sabía si su abuelo había sido Jesús Enrique Lossada, Cecilio Acosta o Rafael María Baralt. De vaina y no era apellido Urdaneta, porque cuando lo regañaba a uno, uno fácilmente podía creer que aquel discurso cabía en un epistolario con el Libertador.

Llegó al hospital, saludó sin mucha cercanía ni muchas ganas. Se puso su bata, caminó el pasillo. Se empezó a preguntar cosas absurdas. Por ejemplo, él sabía que ése era el más viejo de los hospitales. En aquél sitio debieron morir los enfermos de cuantas vainas locas habían ocurrido. La primera de la que nadie sabía, pero de la que ahora todos se acordaban, fue la visita a este puerto de la “gripe española”, que según decían había causado en Maracaibo en 1918 los más grandes destrozos.

Es decir, que Maracaibo había sobrevivido la invasión española, la crueldad de Alfínger, la fiebre de los piratas, la guerra de Independencia, la fantasma de la Caballero, la industria petrolera, el incendio del lago, las sectas satánicas, el dengue, el cólera, el chikunguya y la petroquímica. Por eso, en esos huesos había un historial de resistencia y tolerancia que no era poca.

Sin embargo, Arquímedes era un hombre de ciencia. Sabía que sobrevivir no es tan sólo la propiedad acumulativa de resistir catástrofes. Hay que vivir y aguantar cada una, reponerse, y ésta no era concha de ajo. La noticia del fin del mundo ocasionó que el final de la tarde fuese muy particular. Ninguno de los enfermos normales, esos que se sienten mal y se agravan, que lamentablemente suelen morir, se sintió mal ese día. Habían escuchado que en estos días la gente no se moría de esas cosas.

Sin embargo, Arquímedes tenía miedo de que le tocara a él enfrentarse con el Juramento Hipocrático, un atamel y un termómetro al Apocalipsis. Cuando veía las cosas así se sentía digno de un cuadro renacentista, de esos en los que aparece

un odontólogo con una llave inglesa y una botella de coñac; tan impotente como un galeno frente a la sífilis sin penicilina y tan asustado como un niño.

Se quedó pensando en eso. En lo que debían sentir todos esos viejos médicos, los que pasaron encima de un burro recorriendo pueblos, los que operaron apenas con agua y alcohol, con hilo y aguja. Con todo y pese a que mucha gente moría, había otra que se salvaba.

Se salvó su abuela con un parto complicado y le dio vida a su madre. Se salvó su madre de la polio. Así le pareció de pronto que los humanos vivimos todo el tiempo haciéndole frente a la muerte. Se reclinó en la silla mientras se desinfectaba las manos y haciéndolo recordó la frase que le dijo su padre el día que se graduó de médico: “La única medicina es la compasión, el resto son herramientas”.

YAJAIRA COROMOTO GONZÁLEZ, Caracas (1956)

Escritora con experiencia en distintos medios; cine, radio, teatro, televisión, publicidad. Hizo estudios de teatro y guión de cine en San Antonio de los Baños, Cuba. Entre 2011 y 2012 asistió a talleres y seminarios sobre los géneros comedia, comedia romántica, terror y *thriller* policial. Fue becaria del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) en los talleres de creación literaria. Ha sido docente en el Centro Universitario de Tijuana (CUT) y en el Centro de Estudios Cinematográficos de Baja California, México (2003-2005); y entre 2009 y 2011 en el Laboratorio del Centro Nacional Autónomo de Cine (CNAC), Icrea, Metacarpo Producciones, Universidad Metropolitana y en la Escuela de Medios de Producción Audiovisual (EMPA-Ávila Tv); ha impartido talleres de guión audiovisual y humor audiovisual en la Escuela de Escritores de Caracas. Trabajó diez años en RCTV, en los programas *Radio rochela* y *Humor a primera vista*. Es creadora de “Las queridas amigas”, “Los waperó”, “Rafucho el maracucho”, “Los hippis”, “Chepina Viloría”, entre otros *sketches*. De 2011 a 2012 fue directora en la EMPA. Es escritora, productora y directora de los cortometrajes *El ascensor* (Premios Festival Nacional Super8 y Consejo Nacional de la Cultura (Conac), ambos en 1984) y *La puerta* (Premio Nacional de Guión, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1992; y mejor guión, dirección de arte y música, Asociación Nacional de Autores Cinematográficos (ANAC), 1993). Ha sido galardonada con los premios Meridiano de Oro al mejor programa humorístico de la televisión, por *Radio rochela* (1990, 1991, 1992 y 1993); Premio Casa del Artista al mejor espacio humorístico de la televisión, por *Radio rochela* (1991, 1992 y 1993); Premio de Estímulo a la Creación Literaria, otorgado por el Centro Nacional del Libro (Cenal), por la obra *Cuentos crónicos de la infancia* (2019).

Facebook: [Yajaira Coromoto González](#)

Existen dos plazas de las que guardo los más curiosos recuerdos de mi infancia. La primera, la gigantesca plaza Bolívar del centro de Caracas, en la que empezó a formarse mi memoria. La segunda, la plaza Bolívar de Chacao.

Desagradables eventos me llevaron a pensar que el mundo era un lugar miserable, pues de manera inconsulta me llevaban cada domingo a escuchar la retreta. Nunca me quedó claro el objetivo de tal estupidez, pues lo último en la lista de un niño de cuatro años, en materia de diversión, es asistir a una retreta.

Emeteria Gutiérrez, una amiga de la familia que en secreto había estado enamorada de mi tío Santiago, era la autora de aquel atropello. Al no llegar a nada con mi tío, quien sólo le comía las empanadas que tan amablemente nos traía los sábados, ella enfiló toda su artillería amorosa hacia un músico, usándome para acercársele. No se detuvo a contemplar que estaba malogrando mi carrera artística, ya que después de aquel escándalo de metales desafinados jamás estudiaría música, como había vaticinado mi madre al oírme cantar “Los pollitos dicen” en el acto de graduación del preescolar.

Aquellos sonidos me parecían escandalosos, horribles, y para colmo de desgracias desde mi perspectiva solo veía esa parte del cuerpo de la que temprano aprendí a desconfiar. Por mucho halago inmerecido que les dediquen, para mí las nalgas nunca han dejado de ser algo sobrestimado que desde entonces relaciono con un trombón. Culos de todos los tamaños, estridentes, asfixiantes, amenazadores.

Lo único que me hacía olvidar semejante desconcierto — en toda la extensión de la palabra— era el mejor algodón de

azúcar que he disfrutado en mi vida, además de las manzanas acarameladas que vendía un italiano de boina y chaleco negros.

Nacía la década de los sesenta, pero en la plaza de Chacao de esa época, la del cine Luz, la del colegio “Andrés Bello”, y en esa otra plaza Bolívar que también marcó mi infancia, todavía eran los años cincuenta. Ese Chacao en donde los trabajadores de los camiones del aseo urbano tocaban las puertas de las casas y entraban a recoger la basura.

La zona de mis andanzas tenía un perímetro perfectamente definido, conformado por la iglesia que quedaba al lado de la plaza y por la gruta que quedaba frente a ella. En la esquina de mi casa, doblando a la izquierda, estaban el parque y la biblioteca infantil. Frente a la ventana de mi cuarto estaba la gruta con la Inmaculada, una virgen que pisaba con un pie descalzo la cabeza de una pobre serpiente.

Todos los sábados, en la iglesia de San José, Ernesto recogía los medios —una moneda ya extinta de veinticinco centavos— que, como era costumbre, los novios lanzaban a la salida de la ceremonia nupcial. Mi único hermano llegaba a la casa con los bolsillos llenos de la tintineante y reluciente plata.

Mi vida era complicada en esos años. No lograba entender por qué los comunistas se comían a los niños convertidos en galletas, según Alejandrina, la señora que me cuidaba. Esta circunstancia me causaba el mismo asco que ese otro evento protagonizado por mi hermano, quien luego de su primera comunión me contó muy orondo, y con aires de superioridad, que se había comido el cuerpo de Cristo.

En esos días me habían regalado una bicicleta roja debido a una pataleta que armé cuando le compraron una a él como

premio por haberse comido a Cristo. Insistí en que le doblaran las rueditas de atrás para ser tan audaz como Ernesto, cinco años mayor que yo, quien con una gran sonrisa se ofreció para enseñarme a manejarla.

A mi mamá le pareció una excelente idea porque de esa manera nos acercáramos y se crearía un nexo más amable entre nosotros, quienes jamás nos habíamos dado una tregua para analizar el motivo de nuestros irreconciliables desacuerdos.

Sentados a la mesa, cada noche mi mamá me preguntaba si había aprendido a manejar la bicicleta y cada vez la respuesta era una negación con la cabeza. Ernesto me miraba burlón y yo tenía que guardar silencio. No le podía decir a mi madre que él me empujaba la bicicleta una y otra vez, y que a los pocos centímetros de recorrido aterrizaba en el pavimento. Estaba llena de raspones pero tenía que callar, de lo contrario mi hermano le contaría que Salvatore, el mafioso de siete años de la cuadra, y mi maltrecha humanidad robábamos los dulces de la pastelería La Princesa. Yo distraía al pastelero y Salvatore sustraía el botín. Era un plan magistral con una ejecución impecable. Hasta que Ernesto nos descubrió. Desde ese momento tuve que repartir el botín con él, además de obedecerle y cumplir muchos de sus caprichos.

El asunto de la bicicleta me estaba causando pesadillas. No obstante, los desagradables detalles no evitaron que acudiera a la prefectura, que quedaba en las inmediaciones de la plaza, a buscar los regalos que nos daban a los niños en navidad. Ese año me tocó una muñeca de la que aún guardo los mejores recuerdos. Venía en una caja con un dibujo de ella montando

una bicicleta roja, recorriendo un encantador camino bordeado de árboles. En ese idílico paisaje, a lo lejos, una loma y una alegre casita completaban lo que era el paraíso en mi personal interpretación de la Biblia. Ese paisaje me servía de consuelo en las largas horas de soledad, reclusa en mi habitación por alguna injusticia. Me imaginaba entonces que quien recorría ese paraje soleado era yo y que podía recuperar mi libertad gracias a que había aprendido a manejar mi bicicleta.

Esas muñecas eran las Barbies de la época pero mucho más modestas y asequibles. Venían desde las versiones más costosas, con artículos de peluquería, ropa, escaparates de cartón y otros lujosos equipamientos, hasta las más humildes. Su presentación era una simple bolsa de papel celofán. Por toda ropa tenían una pantaleta blanca, los zapatos pintados de rojo y un biberón que le llegaba a los hombros, más parecido a una bombona de oxígeno que a un tetero.

Sabíamos que era una Pavita, como se llamaba a las muñecas en cuestión, por el inconfundible rollito de pelo sobre la frente y la imprescindible cola de caballo, sello original de las pavitas y tan respetada como cualquier marca porque ninguna otra muñeca exhibía aquel peinado, tan famoso que marcó tendencia entre las mujeres de ese tiempo. Recuerdo a *Fulanita*, la caricatura de una exuberante mujer llena de curvas, estrecha cintura, abundantes pechos y prominentes caderas, peinada con la misma cola de caballo y el rollito de cabello encima de la frente a manera de flequillo, que engalanaba la portada posterior de una revista de humor para adultos llamada *El gallo pelón*, cuya lectura yo tenía vedada. Prohibición que, por cierto, jamás acaté, pues por nada del mundo me

perdía los chistes de *Pan Frío* y de *Fritz y Franz*. Fui muy precoz en eso del humor, y para poder leer libros y revistas prohibidas oculté hasta los siete años que sabía leer.

En aquellos días, mi cuadra andaba alborotada por tres eventos inusuales. El primero, la aparición del “Sobador”, un peligroso personaje que aprovechaba la quietud y soledad de las noches para entrar por las ventanas, colocarse en silencio al lado de las camas de las mujeres y dedicarse a sobarlas. Tan misterioso como el primero era el segundo: la presencia de una agrupación de jóvenes que apoyaba la revolución de un barbudito en una isla llamada Cuba, quienes solicitaban aportaciones de puerta en puerta. Mi mamá colaboró con ellos y Alejandrina, la señora de la limpieza, renunció al trabajo y se marchó a los Andes, no sin antes insultarnos a todos, incluida yo, por comunistas. El tercer evento era algo más bien inquietante: una familia de trinitarios que se había mudado a la cuadra.

—Son negros —murmuraban las señoras en la misa.

Según las señoronas de mi calle, la familia en cuestión tenía dos hijos más malos que la peste; apedreaban perros y transeúntes sin discriminación, robaban las frutas de la bodega y estaban planeando un asalto a mano armada.

—Quién sabe si hasta son practicantes del culto a Satanás. Ave María Purísima, sin pecado original concebida —remataba Isabel Miranda, la más piadosa de todas.

Doña Juanita, quien jamás se perdía un combate de lucha libre y preparaba decenas de arepas todas las mañanas para la venta, desmentía todas aquellas murmuraciones. La señora Bruna, madre de los niños, se había convertido en una cliente fija de Juanita, quien a la sazón no paraba de hablar bien

de las virtudes, como amabilidad, educación y decencia, que la adornaban.

—Además paga de contado todos los días y nunca pide fiado, como muchas —murmuraba doña Juanita. Acto seguido clavaba su mirada en Isabel Miranda, la rubicunda matrona, jefa de prensa del comité de desprestigio de las señoras de la zona, cuando todas se encontraban en la bodega de Joao, que quedaba en medio de dos talleres de bicicletas y exhibía al aire libre sacos de arroz, caraotas de todos los colores, tomates rojos, redondos y brillantes, papas rosadas olorosas a tierra y plátanos perfectamente ordenados dentro de sus guacales de madera.

Esa tarde, en la biblioteca del parque de Chacao, le conté mis penas a Salvatore, mi cómplice y mejor amigo. Después de mucho pensarlo, y entre una ronda de “El escondite” y otra de “La candelita”, él me aconsejó que dejara la bicicleta abandonada en una esquina, pues los trinitarios —cuya carrera delin cuencial no admitía dudas— harían su trabajo y de esa forma me desharía limpiamente de la maldita bicicleta. Así lo hice.

Mi casa quedaba cerca de una esquina donde había un poste de luz, sitio perfecto para dejar la bicicleta en un lugar visible e iluminado. Salí con sigilo a eso de las diez de la noche y la dejé recostada del poste, a esa hora no era usual que la gente de bien anduviera en la calle.

Al día siguiente, camino a la escuela “Andrés Bello”, descubrí que la bicicleta estaba en el mismo lugar donde la había dejado. La estaba examinando cuando llegaron dos niños, con sus bultos, camino al colegio. No me quedaba ninguna duda, eran los trinitarios. Tuve el impulso de salir corriendo

para ponerme a salvo de aquellos malandrines, cuya mala fama los precedía, pero se veían inofensivos y simpáticos con sus enormes sonrisas y las camisas blancas y almidonadas de sus uniformes.

Lito y Pol —que así se llamaban— me explicaron, en un pésimo español más lleno de señas y de carcajadas que de palabras, que la habían tomado prestada para dar unas vueltas y que luego la habían puesto de nuevo en su lugar. Les dije que era mía y se me había quedado olvidada. Ellos no entendieron cómo alguien podía olvidar su bicicleta. Seguramente pensaron que yo era una tonta.

Ese mismo día nació una gran amistad entre Lito, Pol, Salvatore y yo. Muy pronto Salvatore descubrió, para su gran decepción, que los trinitarios no estaban planeando ningún asalto a mano armada. Aprendí a manejar bicicleta con ellos a espaldas de mi mamá, quien había puesto como condición inapelable que me enseñara mi hermano, a ver si por fin lográbamos llevarnos bien y dejábamos de pelear a toda hora.

Nunca supe en qué momento cesaron los rumores sobre los trinitarios. Una silenciosa rebelión infantil ignoró las murmuraciones y decidió jugar con los nuevos niños.

Mi madre nunca me hizo ningún tipo de comentarios al respecto, pero supe que Isabel Miranda, la madre de Freddy, le había prohibido jugar con nosotros. Aunque extrañamos al pálido Freddy por un tiempo, pues era el mejor lanzador de la cuadra, pronto lo fuimos olvidando porque llegó Marianín, un niño rubio y pecoso venido de Galicia, cuya madre, doña Pilar Martelo, se hizo costurera oficial de la cuadra.

Siguieron llegando niños. De Portugal recuerdo a Álvaro Texeira; de Italia, las gemelas Simonetta y Luciana, cuyos padres no sabían la diferencia entre trinitarios y venezolanos, y les daba igual que sus hijas jugaran con quien fuera, con tal de que salieran del pequeño apartamento y dejaran de atormentarlos al menos por un rato. Según mi mamá, doña Asunta, madre de las gemelas, lavaba y planchaba la ropa mejor que cualquier lavandería y salía mucho más barato.

Los días transcurrieron y Ernesto y yo nos dejamos en paz al menos por un tiempo. Él tenía sus propios intereses, se la pasaba con los niños de más edad de Chacao, azote de la zona, pues quebrantaban las leyes y patinaban a toda velocidad por la plaza.

En un acuerdo tácito, nunca me delató con mi madre por el enojoso asunto de la pastelería, como yo tampoco lo delaté por sacar los patines del lugar donde ella los había escondido para castigarlo por su desobediencia. Ambos le dijimos que él me había enseñado a montar bicicleta, y en la plaza, lugar casi mítico para mí, adonde no me permitían ir sola. Esa pequeña mentira de Ernesto me había elevado de categoría. ¡Podía montar bicicleta en la plaza Bolívar de Chacao, yo sola! Ese lugar prohibido hasta para Salvatore, a quien tampoco dejaban ir solo.

Es el único instante de mi infancia en el que recuerdo haber amado a mi hermano. Era un arreglo impecable. A él no le interesaba en lo más mínimo invertir tiempo enseñando a una niña terca y torpe, y yo tampoco estaba interesada en someterme a su autoritarismo y a su impaciencia.

Ninguno de los dos entendía por qué el empeño de nuestra

madre en que nos lleváramos bien. Eso nunca sucedería, pero ambos habíamos descubierto a tan temprana edad lo que era la política. Según nosotros, no le estábamos mintiendo, sólo le dimos lo que nos había pedido: una solución perfecta.

DILIA EGLEÉ DELGADO DE MONROY, Caracas (1958)

Cursó estudios de Educación en la Universidad Nacional Abierta. Actualmente cursa estudios en la carrera Trabajo Social en la Universidad Nacional Experimental de la Gran Caracas. Hizo estudios alternativos de secretariado administrativo, inglés intensivo y estudios técnicos de control de alimentos. Estudió música (cuerdas) en la Escuela “Juan José Landaeta” de Caracas. Es pintora autodidacta, recicladora y escritora de poemas.

Twitter: [@algve](#)

Hoy llegué a mi casa y percibí un olor que se sentía en la sala y también en el comedor, dije “¿qué huele tan feo?” y nadie me respondió.

Resulta, acontece y pasa que nuestro cachorro Campeón, que de cachorro tiene sólo el nombre porque es todo un grandulón, está más hediondo que calcetín remojado en agua de coliflor. Dios mío, qué olor tan feo, más que olor es un hedor, a ese perro hay que bañarlo antes que nos mate a to'. Comenzó a llegar la familia y a todos les dije: “hay que bañar al perro, quién se anota y dice yo”, ahí todos se esfumaron, hasta mi mujer se perdió, nadie quería bañar a nuestro querido Campeón. Todos querían un perro, ahora nadie quiere asumir las responsabilidades que yo siempre vi venir. Hace tiempo se los dije: “yo perro no quiero aquí”, pero nadie a mí me para ni me dejan decidir.

Total que me embagueté y dije: “lo baño yo, prefiero eso mil veces que calarme ese hedor”. Me fui a buscar la correa y el perro se me escondió, él como que presentía lo que iba a hacerle yo, lo encontré bajo la cama temblando, estaba en *shock*. “Ven para acá perrito, ven para acá Campeón, es sólo un bañito el que voy a hacerte hoy”. Y Campeón me miraba con ojos de compasión, como diciéndome: “No me bañes por favor, déjame tranquilito que tan mal no huelo yo”. Intenté yo agarrarlo y más para atrás se echó. “Que vaina con este perro, te voy a joder Campeón”. Terminé exhausto arrastrando el cuerpo del cachorrón y de paso limpié el sucio que estaba bajo el colchón. Logré poner la correa y de un tirón me jaló y me pegué con la mesa que estaba en el comedor. Y de jalón en jalón lo fui llevando pa'l baño, pa' empezá la pelea, mejor dicho el guerrerón.

Campeón parecía loco; eso se tiraba pa' toítico los lados, no hubo pared ni mobiliario con el que no se hubiera golpeado y conmigo incorporado, parecíamos demonio y cura exorcizando al mismito diablo. Por fin lo pude meter dentro de la regadera y allí más o menos se le quitó la arrechera, en eso yo aproveché y le pegué la manguera, le eché el champú y empezó la salpicadera, me saltó champú en mi ojo y éste se me cerró, el picor era intenso y la arrechera era mayor. No hallaba yo qué hacer, si echarme agua en el ojo o sacármelo de una vez, no sabía yo que ardía tanto o quizás lo olvidé, pero le dije: “Campeón tú no me vas a vencer”. Y con mi ojo cerrado comencé yo la pelea, él me tiraba champú yo le lanzaba manguera, le lavé toda la cara, las orejas y el hocico y los dientes relucientes le lucían brillanticos. Ahora venían sus partes, las íntimas que tiene él, su cuerpote y el rabote, vea usted lo que hay que hacer, por tener un perro limpio que huela como a Chanel. “Déjate bendito perro que ya vamos terminar, si no, esto se alarga y ya yo no puedo más”. Terminamos con sus partes, su cuerpote y el rabón. “Ahora sí, sacúdete fuerte, muy fuerte, sacúdete mi Campeón”. Entonces viene el secado, otro cuento más Dios santo, saco a Campeón del baño y lo llevo pa'l balcón, para que el secador y la brisa hagan el trabajo mejor.

Ya en el balcón, Campeón seguía alborotado, y allí lo fui yo secando, secando y secando, hasta que quedó casi que planchado, con temperatura mayor a cuarenta. Campeón, por Dios, casi no lo cuenta y pasa a engrosar la lista de animales casi exterminados por culpa de su limpiador. Total que Campeón quedó superlindo, muy aseado y desinfectadito, lo

solté y le quité el suplicio del baño inesperado que le quitó el olorcito más horrible que yo jamás había olido.

Y empezaron los muchachos a jugar con Campeón, a decir lo lindo y bonito que estaba el perrito, y que lo llevarían al Paseo Colón y que a que juegue y haga popito (pa' ponerle un nombre bonito al que nosotros todos conocemos). Allí les dije: “Párenme eso ahí, ese privilegio lo tengo soy yo, yo merezco sacarlo primero, yo lo exorcicé y casi que quedo ciego, nadie me ayudó a bañar el perro, así que se van bajando de esa nubecita que seré yo el que le dé la vuelteca”.

Así que me fui con Campeón a pasearlo por Paseo Colón, y así sin estrés fuimos caminando y pasando el tiempo, yo medio cojeando por todos los golpes que había recibido durante el suplicio del bañicidio. Pero miren todos los que nos pasó: la correa del perro se me le soltó y Campeón salió como flecha 'e loco hacia Plaza Venezuela, yo creo que el olor de los perros calientes de to' los perreros que están en la plaza hicieron que su hocico mandara al cerebro el fuerte olor de las salchichas, chorizos, chuletas... y fue allí que se volvió como loco, lo perdí de vista y mi corazón ya ni lo sentía de la angustia que me producía perder a Campeón, mi amigo entrañable. “Dónde estaba mi perro, mi perro Campeón”, gritaba mi mente, y yo corría y corría y el bendito perro nada que aparecía.

Tanto caminé por el bulevar y en una de éstas lo vi pasar, ennegrecido, lleno de hollín, y le pegué un grito: “Epa mi Campeón, papá ya está aquí”, y Campeón se vino y llegó hasta mí, más sucio y embarradito que cuando lo bañé por el olorcito. Dónde se metió, nunca lo sabré, pero para la casita

nos vamos otra vez. Le puse la correa y raudo nos fuimos, pero en el camino yo iba pensando, “Hoy no puedo tirarme de nuevo un bañito, aún me duelen todo los huesitos de este cuerpo mío, también estoy cojeando por las varias caídas que me di exorcizando, perdón, digo bañando al pobre perrito, y del golpe en el comedor también me quedó un hermoso recuerdo llamado tuyuyo que me salió sin son ni ton en el esternón. “Qué será que invento para llevar a Campeón a casa pulcro y oliendo fino”. Entonces se me ocurrió llevarlo al auto lavado para que lo dejaran limpio, igualito que cuando llevo a mi viejo carrito. Cuando llegué al sitio y le dije al encargado se rió de mí y me dijo: “Vaya usted a Misión Nevado”, “Mira ignorante, ahí no bañan perros, sólo los atienden y son eficientes, yo quiero pagar sólo por lavado, desengrasado y secado rápido, eso es lo deseado”. Hablé con el dueño y aceptó hacerlo, y a mi Campeón lo metieron en un túnel de espuma, después lo enjuagaron, y de último secado en túnel de aire. Todo fue rapidito y casi me lo pulen como diamantico, estaba otra vez de lacito, pero mejor no porque es muy machito. Lo cierto señores, y para mi sorpresa, mi perro Campeón estaba sereno, no hubo descontrol, no hubo loqueras ni falta de educación. Ahora ya sé a quién le pagaré por bañar al perro cada vez que pueda.

Por fin llegamos a casa y todos estaban muy enternecidos de ver a Campeón llegar tan contento por el paseíto, nadie se dio cuenta de lo sucedido y no voy a contarles lo por mí sufrido pero llegué a casa con mi loco perro, el perro que es mío.

Por eso les digo, no caigan en cuento, en ése que dice “Papá, quiero un perro”, “Cómprame un perrito, por favor

papá, papito te pido”, y después hacen y que contratitos para garantizar que ellos harán los oficios y que atenderán a sus perros, gatitos, marranos, loritos y cualquier animalito. ¡Mentira! ¡Falacias! Eso no se lo creen ni ellos mismitos.

Yo caí en ese jueguito y ahora tengo un perro que es prácticamente mío pa' las responsabilidades y todo lo que es serio, porque pa' joder, pa' eso sí es de toditos; para “cómprale el huesito, suetercito, vamos a vestirlo de payasito que llegó el carnaval”, y sale papá a comprar el disfracito, también la vacuna y la comida que vale su dinerito; pa' eso sí, sí es papaíto. Analizando les digo que Campeón es mío, y ellos dicen que “es de todos papaíto”. Sí como nié, dirían mis abuelitos, ese perro es más que mío, yo me la calo solito, que no me vengan con vaina que yo sé lo que les digo. Miren, casi quedo ciego por el champucito bañando al perrito, porque mi ojo quedó tan rojito que tuve que ir al oftalmólogo y ahora parezco pirata, con un parche en el ojo, hasta que mejore mi pobre ojito, por ser consecuente con mi animalito.

Así que ya saben queridos amigos, cuando ustedes quieran animalitos asuman su rol de ser responsables y cumplan con ellos y serán bendecidos, porque de eso se trata; de darle un techo y mucho cariñito para que ellos se sientan muy, muy queridos, sea perro, gato, lapa o incluso un cochino.

Y ahí les mando un saludo de Campeón y mío, y en esta cuarentena #YOMEQUEDOENCASA...

QUEDATE TÚ EN LA TUYA y consiente a tu mascota.

ÍNDICE

La noche de los elefantes	9
El fin del mundo no es para tanto	21
La bicicleta roja	33
E baño de Campeón	45

Versión digital - julio de 2020
Caracas, República Bolivariana de Venezuela

Lo que nos han presentado como “la historia”, narra hechos y retrata personas sólo cuando son resaltantes o están vinculadas a ellas, casi siempre al poder o a singulares acciones antipoder./ La historia es la historia de la cultura, y podríamos decir que la cultura es esencialmente lo no contado, lo no historiado, en tanto todo lo que hemos sido y somos los pueblos./ Existen categorías como intrahistoria, microhistoria, y diversas disciplinas, ciencias y expresiones artísticas que desarrollan prácticas en ese sentido./ Hacer crónica es un ejercicio similar; con la diferencia que implica su cualidad de testimonio, que no la ubica como parámetro de los hechos, sino que la circunscribe como parte de ellos./ Transitar el mundo y no leerlo es, podría decirse, un obstáculo a nuestra naturaleza fundada en la lenguaje y la palabra. Hacia esa distopía quieren los poderosos hacer avanza a las sociedades actuales. Decía Freire, hablándonos de *la importancia del acto de leer*, en una ponencia-libro-método, que es principalmente una crónica de su acercamiento a los significantes del mundo a partir de las cosas y sus estímulos sensoriales —como el color y la textura de un mango que bien podría ser para un niño el Sol, aun cuando además tenga olor y sabor—, que le permitieron comprender el sentido de las palabras, saber leer entonces el mundo, y comprender desde ahí su lugar en él y la posibilidad y responsabilidad de transformarlo./ Transitar el mundo, leerlo y contarlo, es el signo de la crónica. Y resulta que la crónica es, hablando del género —junto a la poesía cuando no es pretenciosa ni siquiera de ser popular—, quizá por no pretender entornos hipotéticos ni siendo literarios, el único que permite una lectura, además cercana, del relato colectivo; el que nace en los caminos de tránsito, los reales, haciendo y deshaciendo el cánón en cada escrito, sujetas de situaciones donde lugares, habitantes o personas que lo habitaron, no pueden no identificarse y acaso extrañarse por no haberlo narrado antes que la crónica./ Ahí el o la cronista, sujeto consciente de que por más insignificante que sea un suceso, una situación o incluso un pensamiento, siempre es un fragmento importante que nos hace./ El siempre celebrado Aquiles Nazoa, cuando nos dice el muchacho que él era, nos regala estampas de una ciudad siempre cambiante, junto al agrado de poder reconocerla./ Los cuatro que aquí escriben, cada cual obviamente con su particular punto de vista, atinaron en darle forma escrita a vivencias y contextos tangibles y cercanos, equiparando de paso el humor con la percepción que en la memoria agrada, ocurrencias y recuerdos que dibujan y revelan una época, o bien un cambio social, una actitud, y hasta un consejo bien dado.

ISBN: 978-980-253-772-3



9 789802 537723